

# El Cantar de Mosiur Chanfarron

De Garibay a Iztueta (con don Julio de fondo)

**A**caso sea excesivo calificar de «cantar» un pareado que documentan el bachiller Zaldibia, Isasti e Iztueta, desde fines del siglo XVI al XIX. Tampoco nos hallamos ante un texto demasiado notable por su calidad estética ni por su interés lingüístico. Pero no cabe duda de la autenticidad noticiera de los versos, compuestos en fecha inmediata a un suceso que hubo de alcanzar considerable notoriedad en Guipúzcoa. Las variantes que afectan al segundo de los versos podrían testimoniar una amplia difusión y remitir, incluso, a versiones divergentes que circularon ya a poco de divulgarse:

Mosiur Chanfarron, jaun andia,  
Irun calean daza illa  
(~ Irungo calean datza illa)  
(~ Irun Uranzun daza illa)  
(~ Irun Aranzun datza illic ezarria)

La variante última, sin embargo, recogida en fecha muy tardía, es muy probable como ya lo hizo observar Michelena, que se trate de una «amplificación retórica del cantar antiguo», debida acaso a la minerva de Iztueta.

En traducción muy libre pero sin interpretar, acaso, más de la cuenta, podría verterse en su versión primera por algo similar a:

Monsieur de Chanfarron,  
aquese gran señor (~que dizque es gran señor)  
dentro en Irún yace muerto  
[¡y es dolor! (~ ¡diréis que es gran dolor! ~ ¡mirad si es gran dolor!]

Respecto a la fecha y circunstancias en que se compuso este breve «epitafio» poético, Michelena se guió, al integrarlo en la colección de *Textos arcaicos vascos* entre *items* de 1536 y 1539-1564<sup>1</sup>, por las indicaciones de Martínez de Zaldibia:

También parece semejante a lo arriba dicho [*El desafío de «un hijo del solar de Amezqueta» al Señor de Urtubia*] lo que el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro acaeció a Mosiur Chanfarron, francés, que era valiente caballero; el cual vino a los juncuales de entre Fuenterrabía e Irún Uranzu a pedir campo de persona a persona por probar su valentía, y salióle en iguales armas el capitán Juan Pérez de Azcue, natural de Fuenterrabía, y habiendo peleado ambos muy al cabo, Juan Pérez de Azcue le venció y cortó la cabeza; de donde quedó el cantar vascongado:

Mosiur Chanfarron, jaun andia,  
Irun calean daza illa<sup>2</sup>.

No había, sin embargo, en 1544 hostilidades declaradas entre España y Francia que afectasen al País Vasco. Por otra parte, no queda aclarada en el texto de Zaldibia la razón de ser del desafío campal entre el caballero francés y el capitán Pérez de Azcue, a no ser que se entienda como puro y simple combate individual a la manera de los «passos honrosos» medievales.

En realidad, el suceso (y, por consiguiente, la composición de los versos) tuvo lugar más de veinte años antes de la fecha consignada por Zaldibia, y existe un relato bien circunstanciado de la muerte de Chanfarron que permite explicar el interés de los guipuzcoanos del XVI en la suerte del soldado francés. El relato figura en obra tan poco recóndita como es el *Compendio historial* de Garibay, utilizado en otros casos como fuente por el propio Michelena, aunque se comprende que escapara a su atención dado que Garibay, gran colector de fragmentos de antigua poesía vasca, no consignó en esta ocasión los versos recogidos por su coetáneo Zaldibia. Sin embargo, la fecha correcta, 1522, había sido ya fijada por Juan Carlos de Guerra, al publicar los versos junto con un resumen —no muy exacto— del texto de Garibay<sup>3</sup>. Dado que Guerra no informaba de las fuentes utilizadas, es lógico que Michelena se atuviera a la cronología de Zaldibia, aunque no sea éste el único caso donde el bachiller merece escaso crédito.

Por contra el relato del *Compendio historial*, además de excepcionalmente animado (para lo que suele ser la no muy hábil prosa de Garibay), está repleto de referencias temporales, precisiones geográficas y detalles anecdóticos. La narración de Garibay, por otra parte, obliga a rectificar algunas de las observaciones de Zaldibia, fantaseadas a posteriori, y precisa con exactitud las circunstancias en que hubieron de originarse los versos. Pero es, ante todo, el interés en sí mismo del relato de Garibay lo que hace que bien merezca ser reproducido por extenso.

<sup>1</sup> L. Michelena, *Textos arcaicos vascos* (Madrid: Minotauro, 1964), 105-106; reed. facs. junto con trabajos complementarios de I. Sarasola y J. A. Lakarra (S. Sebastián: Diputación Foral / Univ. del País Vasco, 1990). De simple errata debe tratarse que Michelena escriba que Zaldibia «refiere el suceso al año 1545», en contradicción con el explícito «mil quinientos y cuarenta y cuatro» del bachiller. El cantar de M. Chanfarron (3.1.16) va precedido en la ordenación cronológica de Michelena por el «Cantar de Perucho» (3.1.15) documentado en la Tercera parte de la *Celestina* (1536) de Gaspar Gómez, y seguido (3.1.17) de la «alocución» rimada de los hidalgos de Soravilla a Carlos V. Aunque no se indica en TAV la fecha de la anécdota, J. C. de Guerra la había fijado en 1539; se edita a continuación (3.1.18) un poema, de tono culto y ciertamente detestable, con el título de «elegía de Juan de Amendux», fechado en 1564.

<sup>2</sup> J. Martínez de Zaldibia, *Suma de las cosas cantábricas y guipuzcoanas*, ed. F. Arocena (S. Sebastián: Diputación, 1946), 75.

<sup>3</sup> J. C. de Guerra, *Los cantares antiguos del euskera* (S. Sebastián: Martín y Mena, 1924), 91-92.

A raíz de la toma de Fuenterrabía por los franceses en octubre de 1521, tuvieron lugar en los meses siguientes varios movimientos militares y acciones de armas en las que los naturales hostigaban a la guarnición francesa. Según relata Garibay,

En este año de veynte y dos se hallava por Capitán governador de la villa de Fuenterravía mosiur de Luda [...], el cual siendo de tal manera infestado de las gentes de la tierra, que hasta a los soldados que haziendo guardia tenía le matavan en las garitas, y padeciendo otros trabajos e inquietudes continuas, pidió al Rey de Francia nuevas gentes de guarnición, o que proveyesse de otro Capitán y Governador para la tenencia y guarda de aquella fuerça, que a grande diligencia de día en día fortalecian más.

Con esto el Rey de Francia, por los respetos que le parecieron, embió en su lugar a un animoso Capitán, de nación Gascón, llamado Mosiur de Chanfarron, soldado viejo, hijo de un fraile, dándole mil hombres gascones de su nación, con los cuales por el mes de Noviembre deste año partió de Bayona, donde durante estas guerras estava siempre por Governador Mosiur de Lautrec, ya nombrado.

En el día siguiente que Mosiur de Chanfarron entró con estas gentes en Fuenterravía, que fue un día Domingo, preguntando a Mosiur de Luda, mirando al pueblo de Yrún, si aquel era el lugar de donde tantas molestias y daños recibían cada día los franceses de Fuenterravía; como él le respondiesse que sí, afirmándole que era gente de capote de sayal, que casi traían hábito pastoril, y que a los principios nunca se mostravan en las escaramuças sino dos o tres, pero que después se juntavan en breve espacio a centenares y hazían cosas muy señaladas, replicó Mosiur de Chanfarron, afirmando, con juramento que otro día siguiente él quemaría al pueblo. Mosiur de Luda, por no mostrar alguna pusilanimidad, respondiéndole que si tal era su voluntad él le ayudaría, le advirtió que mirasse bien lo que emprendía, porque no conocía bien aquella gente. Pero Mosiur de Chanfarron, no estimando a los enemigos en el grado que era razón, salió otro día Lunes del dicho mes con sus mil hombres a las diez horas antes de medio día por la parte de la ribera, por donde agora está el camino Real, para Yrún; y Mosiur de Luda echó con quinientos hombres por la parte de la montaña, por donde a la sazón era el camino Real.

A esta hora, el Capitán Juan Pérez de Azcue con seis soldados de la tierra estava atalayando detrás de la casa de Mendelo, que de Fuenterravía está a distancia de tres tiros de arcabuz, deseando como otras vezes hazer alguna presa de los franceses. A los cuales viendo salir por aquella orden, y recelando de su designo, embió al instante a mucha diligencia a un mensajero [a] apellidar las gentes de Yrún, donde se hallava Ruy Díaz de Rojas con veinte y cuatro cavallos ginetes, y a hazer lo mesmo en Ojarçun, donde estava el Capitán Ambulodi, y no menos a la Rentería, a la defensa de la tierra y ofensa del enemigo.

Mosiur de Chanfarron, ordenando el escuadrón, se puso el primero en la avanguardia de su gente, y comenzó a caminar la vuelta de Yrún en orden militar, trayendo su pica en el hombro; y llegado a la ribera del río Amute, que poco más abaxo entra en Vidaso, halló al Capitán Azcue de la otra parte de la ribera con sus seys compañeros. A los quales Chanfarron en alta voz preguntó si había entre ellos algún gentil hombre, que es lo mesmo que Español hidalgo, que con él quisiesse combatir de pica. Respondióle el Capitán Azcue que sí había; no sólo a pica pero si quisiesse a lança y rodela, y aun a montante, a lo que él más diestro y desseoso se hallasse él le combatería.

Entonces, siendo preguntado por Mosiur de Chanfarron quién era él, como le replicasse ser el Capitán Juan Pérez de Azcue, dixo Chanfarron que passase a la otra parte del río, y combaterían; siendo su intención de combatir con pica, o por ventura prenderle.

Fue el Capitán Azcue más avisado que Mosiur de Chanfarron, al cual diziendo que él passasse a esta otra parte, pues tenía tanta gente y él se hallava con sólo seis compañeros, y le dava palabra de hidalgo que sólo él combatería con su persona, y

<sup>4</sup> Esteban de Garibay y Zamalloa, Los XL libros del Compendio historial de las Chronicas y Universal Historia de todos los Reynos de España (Amberes: Ch. Plantino, 1571), Libro XXX, cap. XI. Sigo la ed. de Barcelona: S. de Cormellas, 1628, vol. III, pp. 535-537.

<sup>5</sup> G. Cirot, «Le Compendio historial de Garibay», BHi, XXXIV (1932), 223-234; XXXV (1933), 337-356; XXXVII (1935), 149-158.

<sup>6</sup> J. Caro Baroja, Los vascos y la historia a través de Garibay (Ensayo de biografía antropológica) (San Sebastián: Txertoa, 1972).

<sup>7</sup> A mero título de excursión, y aun a riesgo de desviarnos en exceso de nuestro tema, no resisto la tentación de recordar algún pasaje en el que, naturalmente, nadie se ha sentido ni se sentirá aludido:

«Resumir el contenido de su obra [de Garibay] con cuatro palabrejas como las citadas en el prólogo [Hoy día algunos manuales de literatura española lo despachan con unas cuantas palabras, y, de éstas, cuatro sirven para proclamar que 'carecía de sentido crítico'] u otras similares, es cosa que puede permitirse a los autores de 'historias críticas' y de artículos de enciclopedia. Así empieza a estar donde está la crítica. A fuerza de epítomes, quintaesencias, juicios estereotipados y pareceres de mandarines intelectuales, rodeados de pequeños acólitos, la función crítica ha dejado de existir como tal. Porque costará en lo futuro demostrar a mucha gente mal acostumbrada que esta función na-

sería de los otros muy seguro, le entretuvo tan largos espacios en las respuestas y réplicas de las razones que sobre esto discutieron que toda la tierra de Yrún tuvo lugar de poderse juntar.

Desto sucedió el daño y perdición de Mosiur de Chanfarron, porque en este medio llegó Ruy Díaz de Rojas con sus veinte y cuatro ginetes, y passando el vado de Amute con las gentes de la tierra que le seguían, fue tanto el espanto de Mosiur de Chanfarron, y mucho mayor el de sus Gascones, que avían oído la fama del valor de sus gentes, que sin esperar a mucho ruido de romper lanças y picas, no pudiendo a los primeros encuentros sufrir la furia de la gente de la tierra y de los de Ojarçun y Rentería, que ya a grande diligencia havían llegado, començaron a huir a mayor priesa de la que havían traído.

El capitán Azcue, aviendo tenido ojo a Mosiur de Chanfarron, le siguió; y caminando en el alcance le dio con la espada tal herida en el hombro izquierdo que le abrió el cuerpo hasta la anca, y luego, casi muerto, cayó en el lodo; pero sin curar más dél, pasó adelante en el seguimiento de la vitoria, haziendo mucha carnicería en los franceses.

Cuando Mosiur de Luda conoció ser perdidas las gentes de Chanfarron y vio la cosa tan mal parada, bolvió con sus gentes a Fuenterravía a guardar la fuerça. Y a los de Mosiur de Chanfarron siguieron los vencedores hasta las murallas de Fuenterravía. Cuyos franceses, por temor que a bueltas de los suyos no entrasen los enemigos y se apoderassen de la fuerça, cerraron las puertas, continuando el disparar de la artillería, que desde el principio de la rotura de los suyos havían començado a tirar, desseando hazer retirar a los vencedores, en quienes ningún daño acertó a hazer.

Fueron muertos en este rencuentro y batalla más de trezientos franceses y presos más de quatrocientos, con los cuales y con su Capitán Chanfarron bolvieron estos hidalgos triunfantes a Yrún al poner del Sol, dexando a los franceses de Fuenterravía muy quebrantados con tal daño, resultado de sobervia.

Venia Mosiur de Chanfarron mortalmente herido, y así falleció en el día siguiente, Martes, al romper del día; y luego con mucha honra fue enterrado solenemente en el cimiterio de la Iglesia parroquial del mesmo pueblo<sup>4</sup>.

Como historiador, Garibay fue objeto en el pasado de acerbos descalificaciones críticas, por parte, incluso, de quienes más se aprovecharon de él. Varias de esas censuras se han demostrado injustificadas e injustas, y debidas más bien a intereses historiográficos contrapuestos a los del guipuzcoano, o a pura y simple ligereza. Quienes han estudiado su obra más a fondo han procedido a una reivindicación que pone de relieve lo mucho que hay de valioso en la obra de Garibay. Así, Cirot muestra lo acertado y novedoso de su modelo historiográfico, al organizar el *Compendio*<sup>5</sup>, y, sobre todo, Caro Baroja ha dedicado un espléndido libro al cronista, en el que, entre otros méritos, se destacan su laboriosidad y sensatez, junto al valor de los abundantes materiales de primera mano que Garibay puso a contribución<sup>6</sup>. Cuestión distinta es que Garibay, como hijo de su tiempo (el de Felipe II) participe de esquemas mentales y concepciones que no son, evidentemente, las de un historiador moderno. Esto último no redundará siempre, dicho sea de paso, en desfavor del cronista guipuzcoano, y creo que Caro Baroja extrapola con justa causa al equiparar, en párrafos muy suyos, las censuras que recibió Garibay, en lo que tienen de mezquindad o ligereza, con lo que ha llegado a ser moneda corriente en la crítica académica contemporánea<sup>7</sup>.